



Jorge Luis
Cáceres
el peso interior

editorial
El Conejo
escritas

El peso interior



Jorge Luis Cáceres

editorial
El Conej6

Av. 6 de Diciembre N26-97 y la Niña, piso 3

Telf: 22 27 948

WhatsApp: 099 841 3062

info@editorialelconejo.com

www.editorialelconejo.com

El peso interior

Jorge Luis Cáceres

© Editorial El Conejo

editorial
El Conej6

El peso interior

A Rodrigo Xavier Porras.

*Yo tengo tu alma bien guardada, hijo, aquí, en el nogal.
El demonio sólo tiene tu cuerpo. Ahora florece en el jardín.
Los versos satánicos. Salman Rushdie.*

— ¡UNA TOALLA O un trapo, pronto!
¡Que se muere! —gritó mi padre.

Los gritos provenían de afuera de la casa, desde el establo donde vivía un rebaño de cabras que eran nuestro modo de subsistencia por el queso que fabricábamos para la venta. Recuerdo a la cabra negra en el regazo de mi padre, desangrándose. Tenía un corte profundo en el cuello y la sangre fluía como una pileta. Mi padre tomó la toalla de mi mano y me ordenó apretar lo más duro que pudiera. —Sé que tienes manos pequeñas —dijo

mirándome a los ojos. —Lo haces bien —volvió a decir para tranquilizarme. Dejó caer el botiquín en el piso de tierra y apartó mi mano de la toalla con dulzura, así era él. Ordenó que me alejará, iba a intentar salvar la vida del animal. Inyectó varios antibióticos en el lomo de la cabra, que parecía un bulto inerte flotando en medio de un rojo púrpura. Luego suturó la herida con una dosis extra de intuición. Mientras pasaba la aguja por la piel de la cabra, vi cómo sus labios se movían emitiendo un susurro; estaba orando para que Dios guiara sus manos. Finalmente cubrió los puntos con una gasa y salimos del establo, era preciso dejar que la cabra descansara. —No tengas miedo, estas cosas siempre pasan, son designios del señor. Si amanecce es posible que se salve —dijo tocando mi barbilla con su mano izquierda. Esa noche no dormí, escuché la voz del animal bramando de forma gutural y, puedo asegurar, porque mi memoria se quedó en ese estruendo, que hilaba palabras en un mensaje codificado, que destilaba sangre por las comisuras de su boca negra.

El sol me despertó sin que supiera a qué hora logré quedarme dormido. Cuando bajé en busca de mi padre, no lo encontré en la casa. Grité su nombre, pero nadie respondió. Desde la ventana de la cocina pude verlo jugando con el macho cabrío. Los dos saltaban de dicha, era un milagro, el animal lucía brillante, lleno de vigor, lleno de vida, no había señales de que la noche anterior estuviera al borde de la muerte. —Es un milagro —dijo mi padre—, al fin soy el pastor del re-

baño y el Señor me ha dado un propósito. Yo me quedé con esa palabra, “propósito”, que nunca más se iría de mi mente. En los días posteriores, mi padre dio el sermón en el culto del que era pastor, en una congregación conformada por los lugareños. Les conversó acerca del accidente con el macho cabrío que se había herido con un clavo sobresalido de alguna de las puertas del establo. Les contó cómo, con la ayuda del Señor, logró salvarle la vida al animal. Mencionó la palabra “prueba”, como si todo en la vida fuera una prueba, un continuo cúmulo de evidencias que como migajas son dejadas en el sendero para que los justos las encuentren. La congregación creció en adeptos, incluso venían desde los pueblos aledaños para escuchar a mi padre hablar sobre el milagro y sobre el fin de los días. Las palabras: peste, ruina, soledad también crecieron como las olas gigantes e impertinentes, clavadas como estacas en la mente de los fieles obnubilados con el desdichado porvenir de los hombres.

Desde ese día, la cabra nos acompaña en los recorridos para vender el queso, en las visitas que hacemos a los feligreses para impartir la palabra del Señor y, en especial, a la iglesia. Mi padre siempre me ordena que la amarre en los palos que están cerca de la entrada y que deje la puerta abierta para ver qué hace el animal. Los martes, cuando hay culto religioso dedicado a los niños, mi padre habla sobre los pasajes de la Palabra donde se destacan el pecado y la herejía, razones suficientes para ir al Infierno. Cada vez que él

acentúa su voz y mueve sus manos para decir la palabra “Infierno”, el animal sacude su lomo y sus patas hasta desprender la estaca de madera del surco. Después se queda inmóvil, de pie, inerte como aquella vez en el establo, y sus ojos son dos esferas de porcelana, frías, oscuras, malignas. En las noches he visto que mi padre se encierra en el establo. A hurtadillas lo he seguido y a través de la puerta he escuchado cómo habla con la cabra. En las noches no apago la luz de mi habitación y mi padre ya no me acompaña, ni tampoco me cuenta historias ni me mira con sus ojos buenos. Paso la noche en vilo, presiento que al dormir dejaré que la oscuridad me desnude ante los ojos color marrón calcinados por el fuego de la cabra y siento de su boca emerger un vaho putrefacto que, como agujas, se impregna en mi lengua. Nunca le conté a mi padre sobre los sonidos guturales que escuché esa noche, cuando la cabra convalecía en el establo. Tampoco le conté que el animal visita mi habitación todas las noches; cómo justificar tal visita, si mi padre pasa las noches en el establo junto al macho cabrío. Desde aquel día, “el día del milagro”, como lo conocen los feligreses de la congregación, he sentido algo raro en el ambiente, un sopor húmedo proveniente del bosque que está en los linderos de la iglesia. En el pueblo y en las casas de hacienda circula un rumor desde la desaparición de dos niños. Se dice que el bosque se los tragó y que los árboles utilizaron sus restos como composta para alimentarse. Algunos leñadores dicen que los árboles del bosque susurran palabras que se convierten en gases corales que

les impulsan a cometer actos indebidos: “Toma el hacha y clava la hoja en la espalda de tu amigo”; “En la noche, cuando duerma, busca una cuerda y rodea su cuello hasta romperlo”. Otros, como el dueño de la tienda de abarrotes, cuentan que en la profundidad del bosque vive una anciana que hizo un pacto con el Diablo a cambio de llevarle niños a sus aposentos como tributo para obtener los beneficios de la magia negra. Lo cierto es que el día en que se perdieron dos niños fue martes, día de culto, y estábamos todos en la iglesia escuchando el sermón de mi padre, que trataba sobre el sacrificio que hiciera Abraham al entregar a su hijo Isaac para beneplácito del Señor. —El cordero es el sacrificio que el Señor nos pide —dijo mi padre mientras alzaba su cuchillo, para simbolizar el acto de Abraham. Cuando el cuchillo estuvo sobre la cabeza de mi padre, nuestras miradas se cruzaron y con estupor descubrí que sus ojos buenos ya no eran los mismos, la dulzura de su mirada ahora era un halo de porcelana frío y mezquino. Algo más llamó mi atención ese día. Finalizado el culto, el hombre o la cosa que hacía las veces de mi padre llevó a un niño, que estaba distraído durante su sermón, a su despacho tras el púlpito y cerró la puerta con fuerza para evitar que los gritos del niño se escucharan afuera. Fue inútil, los demás niños nos quedamos quietos y en silencio, recibiendo el llanto lastimero como propio.

Ese acto hizo que empiece a dudar del hombre con quien convivía. Mi padre jamás habría levantado la mano a un niño, iba en contra de sus

creencias. Recuerdo que, al salir de la iglesia, mi padre tomó de la mano al niño que lloraba de dolor y miedo y lo condujo por el sendero que desemboca en las postrimerías del bosque donde esperaba la cabra negra meneando su cornamenta encendida de fuego azul. El fuego de muerte que como una tea iluminaba el camino, abriéndose trecho entre la maleza y las ramas cadavéricas del bosque que acariciaban su pelaje a cada paso, que saboreaban la carne fresca del niño que caminaba junto a su verdugo.

Permanecí despierto como casi todas las noches. En la madrugada sentí abrirse la puerta de metal del establo. La cadena, que tenía al extremo un candado, golpeó contra la pared de ladrillos. Asomado a la ventana de mi habitación, subido en un pequeño banco de madera, pude ver a mi padre dándole de comer trozos de carne que creí humana, aunque no podía distinguir si eran dedos o un pie entero el que engulló la cabra abriendo el hocico de forma descomunal y chupando con su lengua negra y alargada los restos de sangre que corrían por el piso.

A pesar del horror que sentía, el cansancio me venció y me quedé dormido. El sonido de la lluvia golpeando el techo de zinc del establo me despertó. En la cocina se escuchaban ruidos de ollas que golpeaban, el crujir de la brasa y las astillas reventado por el calor. Por un momento creí reconocer a mi padre. Estaba de espaldas. Cortaba la fruta como siempre lo hacía en las mañanas para el desayuno, antes de partir a la elaboración del

queso y el mantenimiento de la finca. Una voz me ordenó que me sentara a la mesa. Sirvió dos tazas de leche tibia y una porción de fruta en un cuenco de barro, pan, mermelada de mora y dos huevos tibios para cada uno. Su boca se manchó con la yema del huevo, las gotas amarillas resbalaron por su labio inferior. Se limpió con la manga de la camisa y luego metió su almuerzo en una bolsa de papel y me pidió que lo acompañara hasta la puerta de la finca para que cerrara con candado, y me entregó las llaves. Nunca me había entregado las llaves de la finca hasta ese día. Antes de despedirse, tocó mi barbilla con su mano derecha, nunca lo hacía de ese modo, él siempre rozaba mi cara con su mano izquierda, eso me asustó. Acercando su boca a mi oreja me dijo: “quiero contarte algo, pero será en la tarde, después de que regrese del pueblo haciendo unas diligencias, iremos los dos al bosque y allí te contaré mi secreto”.

Durante un minuto miré la silueta de la cosa que ahora era mi padre perderse por el sendero. Puse las llaves en el bolsillo delantero del overol. Era día de limpieza y debía iniciar por el establo, así que me dirigí a la bodega para buscar los implementos de aseo. Al cerrar la puerta de la bodega sentí un vacío prolongado por el silencio; pensé en mi padre y en sus abrazos, en sus manos rajadas por el trabajo con las cuales acariciaba mi piel lastimándome de forma candorosa. Pensé en sus ojos buenos que ya no estaban más para mí y lloré por mi desdicha, lloré por estar solo en el mundo acompañado por una cosa que se hacía

pasar por él y que era gobernada por la cabra negra que yacía en el establo. Alcé mi cabeza y por la ventana apareció una sombra que me distrajo de mi tristeza, era la imagen de un niño igual a mí, que avanzaba hacia el establo con una mochila en el hombro. Sentí mi piel húmeda y gotas cayeron de mi frente, era el temor que me dominaba, mis ojos no daban crédito a lo que veían. El niño, mi gemelo, si es que era humano, dejó caer la mochila en el piso y sacó la llave del bolsillo delantero del overol. Por reflejo metí mi mano en el bolsillo donde segundos atrás deposité la llave y no la encontré. Mi doble abrió la puerta del establo y apareció el macho cabrío, meneando su cornamenta encendida de fuego azul. El animal lo recibió con calma, estaba dócil, extrañamente dócil. Mi doble hizo un nudo con una cuerda de cabuya y la colocó alrededor del cuello de la cabra, que no opuso resistencia. La cabra lamió la mano del niño y ambos caminaron hacia el sendero de tierra. Al pasar por la bodega, nuestros ojos se cruzaron y vi con horror las mismas esferas de porcelana en lugar de ojos escrutando mis movimientos. En el cruce de caminos los perdí de vista y deduje que irían al oscuro bosque a esperar el atardecer, a escuchar el secreto.
